

## 7. Voluntad del Padre y familiaridad con Cristo

"Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has mostrado a los sencillos las cosas que ocultaste a los sabios y entendidos. Sí, Padre, porque así te ha parecido bien." (Mt 11,25-26)

Jesús descubre un detalle de verdad y belleza en una persona sencilla, en un niño, en una anciana pobre, y lo reconoce como un reflejo, una chispa de toda la verdad y la belleza que llena los cielos, que él y el Padre se dan recíprocamente desde toda la eternidad en la comunión del Espíritu Santo, y luego reconoce que el Padre, en su plena libertad de amor y bondad, ha preparado para él este regalo, este signo de amor. Y Él se regocija. Jesús ya tiene todo, posee todo el universo y toda la verdad y belleza que puede existir. Y, sin embargo, se regocija por completo cuando se encuentra con un detalle, un reflejo insignificante. ¿Por qué? Porque en ese reflejo ve toda la libertad del Padre, toda la decisión del Padre; todo el amor del Padre se vierte para Él en un detalle.

Es como si volviendo a casa el propietario de un comercio internacional de orquídeas encontrase una margarita de campo en su escritorio, que un ser querido puso allí para él. Todo el día vio hermosas orquídeas, pero ninguna le habló sino del beneficio económico que representaba. Aquella margarita, en cambio, significa una decisión de amor gratuito que le da un valor incalculable, infinito.

Por esto, cuando Jesús se encontraba con alguien que amaba la voluntad del Padre, no formalmente como hacían los fariseos, sino con todo el corazón, sentía que compartía con esta persona lo que a Él le era más querido, el tesoro más valioso de su vida, y por esto sentía a esta persona como amiga, familia, más allá de cualquier lazo de sangre.

Debemos pensar en esto cuando San Benito dice que "la obediencia inmediata (...) es de aquellos que no estiman nada mejor que a Cristo" (RB 5,1-2). Porque la obediencia cristiana significa compartir lo que era más querido para Cristo: la obediencia a la voluntad del Padre. Y así, estimando como lo mejor aquello mismo que Jesús más estima, se convierte en familia de Cristo, se llega a ser querido por Cristo.

No se trata de obedecer pronto para hacer las cosas bien, para que la vida del monasterio funcione como un reloj suizo. Se trata, en cambio, de participar de la pasión de Jesús por la voluntad del Padre, de estar apasionado por el plan benevolente del Padre que viene a iluminar y hacer precioso este instante, este gesto, este encuentro que me toca vivir. Uno entonces se apresura, no puede soportar el retraso, porque en lo que se le ordena se oculta y revela, a la vez, la libertad de Dios que nos involucra en su cumplimiento, en su realización. Luego, cada gesto, incluso banal, vivido con esta obediencia, se llena de infinito, como si a mi libertad se le diera el poder de dejar entrar en un instante del presente todo el plan del Dios Altísimo, permitiendo que se cumpla en todos y para todos.

El paradigma de esta experiencia es el "¡Aquí estoy!" de María al ángel, el *Fiat* de la Virgen, que deja entrar en ella y en todo el mundo, en toda la historia, en toda la realidad, al Hijo de Dios y, por lo tanto, todo el diseño bienaventurado del Padre.

Jesús dice: "Todo el que hace la voluntad de mi Padre que está en el cielo, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre" (Mt 12,50). Por supuesto, el primer significado de esta frase es que convertirse en familia de Jesús es la consecuencia de la obediencia a la voluntad del Padre. Pero creo que esta frase debería entenderse en el sentido de que la voluntad del Padre es que seamos hermanos, hermanas y madre de Jesús, parientes y amigos de Jesús.

Este es un punto importante que hay que profundizar, porque a menudo el no entender esto es lo que hace que la obediencia corra el riesgo de llevarnos a la deriva, a alejarnos de la voluntad de Dios que, de hecho, nos gustaría cumplir, o que estamos convencidos de cumplir. La familiaridad con Cristo es la voluntad más profunda del Padre. Dios quiere que seamos parientes del Hijo hasta el punto de convertirse en sus hijos en Jesús. La voluntad del Padre es que todos los hombres se asocien al Hijo para la vida eterna, que todos entren en la vida eterna, en la vida de la Trinidad, a través de la comunión con el Hijo muerto y resucitado. Cristo murió y resucitó para cumplir la voluntad misericordiosa del Padre de salvar a todos los hombres en el Cuerpo Místico del Hijo.

La voluntad del Padre no es tanto la muerte del Hijo, sino que a través de ella todo el género humano pueda unirse a la vida eterna del Hijo, que es la comunión con el Padre en el Espíritu Santo. El Padre quiere nuestra comunión filial con Él en forma de comunión con el Hijo. Uniéndonos al Hijo, el Padre nos une a sí mismo, porque nadie está más unido con el Padre que el Hijo en el Espíritu Santo, nadie es más familiar al Padre que el Hijo en la comunión del Espíritu. La familiaridad con Jesús, la amistad con Cristo, tiene esta profundidad, esta profundidad ontológica, teológica y mística. Cuánto más estamos con Jesús, más somos hijos de Dios, y más vivimos una vida que no sólo es esta vida, sino vida eterna.

San Pablo escribe al comienzo de la primera carta a los Corintios: "Dios, digno de fe, es quien os ha llamado a vivir en comunión con su Hijo Jesucristo, nuestro Señor" (1 Cor 1, 9)

Esta frase resume la vocación cristiana. Somos *llamados*, el cristianismo es una vocación, una llamada que nos llega desde el Corazón del Ser, desde el Origen de todo y de todos: Dios Padre. Es una llamada cuya respuesta es sobre todo la fe: "Digno de fe es Dios". Tener fe significa escuchar una llamada, confiar en una llamada, una invitación, una propuesta, una hipótesis para verificar en la vida, una verificación que nos permite verificar incluso la verdad de Dios, la fidelidad de Dios, que Dios es verdaderamente "digno de fe", que merece nuestra confianza.

Pero que Dios es digno de fe, que Dios merece mi confianza, debo verificarlo en el contexto que define su llamada, su propuesta. Yo no verifico la fe si, en primer lugar, empiezo a romperme el cerebro intentando comprender las verdades de la fe, los dogmas de la fe. La verificación de la fe, Dios nos propone hacerla en el ámbito en el que verdaderamente se nos concede experimentar su fidelidad, su amor, su verdad en todo y sobre todo. Pablo define este ámbito con una sola palabra, una sola realidad: la comunión, *koinonía*, la comunión con Cristo.